

plaza pública. para la edición del 2 de noviembre de 1994

Tragedia y esperanza

miguel ángel granados chapa

"Duro", es el calificativo con que resumió Emiliano Salinas a su padre, ante los micrófonos de la televisión, poco antes del informe postrero de este sexenio, en que contrasta el uso de palabras como diálogo y tolerancia con prácticas políticas en que se ejerce lo contrario. La policía montada impidiendo el acceso al Zócalo a la marcha fúnebre que cargaba casi trescientos ataúdes, símbolos de otros tantos perredistas asesinados en estos seis años (y respecto de los que no hubo una sola palabra en el documento presidencial), ilustra con gran plasticidad esa contradicción inherente al periodo que está por concluir, y que ayer tuvo su último, climático momento estelar.

Como rito principal de la liturgia organizada en torno del Presidente de la República, el informe anual al Congreso parece haber alcanzado, ahora sí, el límite más allá del cual sólo hay agresiones de hecho a quien ostente el Poder Ejecutivo. Aunque sólo fuera para evitar que se trasponga esa frontera, es urgente poner fin a la modalidad practicada hasta ahora para rendir homenaje al Jefe del estado, que eso ha sido sobre todo la ceremonia, antaño del primero de septiembre y ahora del primero de noviembre. Y ya que, como acto político de relación entre dos poderes, si eso fue en algún tiempo, también ha perdido su sentido, queda viva, más que nunca, la convicción de que el de ayer martes sea el último informe presidencial. Es decir, que lo sea con el formato conocido e inveterado, para dar lugar a una nueva manera de relación entre el Congreso y el Ejecutivo.

Estrechamente asociado al monolitismo de la vida política nacional, el rito informativo presidencial no puede ser el mismo cuando la Cámara de Diputados se ha pluralizado al punto de que ya casi representa la diversidad de la nación, tal como quería Mariano Otero, quien prescribió que el Congreso fuera como el daguerrotipo de la sociedad, es decir su reflejo o trasunto. De allí que el aplauso unánime y frecuente con que era interrumpido el informe hasta hace apenas unos lustros, se haya trocado en aplauso mayoritario y



- 2 -

defensivo frente a la discrepancia ruidosamente expresada. La interrupción enojada no cumple con las buenas maneras de la política, y con la regla de los buenos anfitriones respecto de su huésped (que eso son los legisladores y el Presidente), y debiera ser eliminada, si es que antes no desaparece el escenario en que resuena y le da origen. Que no es sólo un problema de mala educación política, sin embargo, lo muestra el contraste prontamente advertido entre las reacciones perredistas frente al discurso presidencial y la conducta que observaron tan pronto concluyó su perorata. La breve respuesta del diputado Humberto Roque Villanueva fue escuchada por todas las fracciones parlamentarias con la normalidad que se desprende del trato entre iguales. Luego, es presumible que el embate contra la voz presidencial sea no sólo una protesta contra su política, sino también contra el modo en que aparece su investidura en el foro legislativo, hegemónica y avasallante, protegida de los cuestionamientos no sólo por su propia fuerza, sino por el cálido arropamiento de los miles de asistentes que acallan con sus ovaciones a la cincuentena de protestantes. También por eso, por la metáfora que es la multitud asistente al informe de un sistema que permite con impaciencia las expresiones minoritarias pero las avsalla, la ceremonia tendría que mudar su carácter. Ya está ocurriendo eso, en medida creciente, en los ámbitos estatales, donde algunos gobernadores (timoratos unos, dotados de buen sentido, otros) prefirieron no enfrentar una oposición aun más áspera que la encarnada por los diputados perredistas en San Lázaro.

El tono general del discurso presidencial fue, como cumple a la última presentación de un Presidente, de resumen y defensa, de balance y justificación. Acaso por ello se resintió de una dolencia retórica, que fue la reiteración. En vez de ser enfática, resultó repetitiva. Hasta expresiones similares se utilizaron a lo largo de la intervención en más de una oportunidad, no con la pretensión de servir como ritornelos, leit motiv de una argumentación, sino acaso muestra de que varias manos montaron los mensajes que se resumían en uno: En su propia perspectiva, si bien hay camino por recorrer, el Presidente está satisfecho con su gestión. Y tiene como excusa para los faltantes, el haber obrado como estadista y no como político, es

decir, con acciones de largo plazo, no de efecto inmediato, es decir, no para la próxima elección, sino para la próxima generación.

El Presidente escogió encarar, de entrada, los temas espinosos, en un inicial mensaje político cuyas líneas generales aparecerían de nuevo en el epílogo de su discurso. Los temas polémicos: Chiapas, los asesinatos de Colosio y Ruíz Massieu, la política de modernización y su "balance moral", como llamó a Solidaridad; los aspectos electorales, todo fue lanzado por delante, acaso en busca de un efecto catártico que permitiera un terso transcurrir del resto del informe. No se alcanzó plenamente tal objetivo, pero sí se consiguieron largas planicies en que no fue preciso que el orador levantara el tono de la voz (nunca más allá de lo prudente, nunca para aparecer retador, nunca con inflexiones provocadoras).

Al final, el discurso adoptó el toque personal que corresponde a una despedida, en que se agradece la oportunidad de haber servido. Y una expresión, a modo de legado, con que yo quisiera quedarme, sin dejar de insistir en la distancia que medió entre palabras y hechos en la política salinista. Acaso impuesto de esa realidad por el espectáculo que se desplegaba delante de sí, dijo el Presidente en su ceremonia del adiós, que nadie "puede aspirar a la unanimidad, porque la riqueza de México es su diversidad".

Reconocerlo de veras es el principio del respeto al otro, al distinto, origen de la democracia verdadera. Si esa simiente enraiza entre nosotros, y para decirlo en las palabras presidenciales, estos años, que fueron de tragedia lo serán también de esperanza.

— 0 —